

DE JOTABECHE A GERMÁN MARÍN: NARRATIVAS DE LA MINERÍA  
SOSTENIBLE, LA AGRICULTURA EXTRACTIVISTA Y EL AGUA EN EL  
DESIERTO DEL NORTE CHICO CHILENO

*FROM JOTABECHE TO GERMÁN MARÍN: NARRATIVES OF SUSTAINABLE  
MINING, EXTRACTIVIST AGRICULTURE AND WATER IN THE DESERT OF  
THE CHILEAN NORTE CHICO*

Lisa Burner  
Sewanee: The University of the South  
lrburner@sewanee.edu

En la novela *Tierra Amarilla* (2014) de Germán Marín, un periodista se desplaza hacia el desierto de Atacama en el norte de Chile en busca de un monstruo misterioso—un chupacabras que aterroriza a los pequeños agricultores de la región. Aunque el periodista no encuentra ninguna evidencia sólida de dicho animal, su vampirismo característico se manifiesta en el extractivismo omnipresente en la provincia de Copiapó, no solamente por parte de la industria minera sino además por la presencia de una hacienda dedicada al cultivo de palta y uva de mesa para la exportación. De esta manera, la novela tematiza dos sectores principales de la economía y el imaginario chileno, la minería y la agricultura.

Siguiendo la temática de la memoria posdictadura de las obras anteriores de Germán Marín, el trasfondo histórico de *Tierra Amarilla* es la violencia corporal, económica y ecológica de la dictadura de Pinochet y su legado neoliberal.<sup>1</sup> También responde a la crisis de agua actual que se enfrenta en Copiapó, en donde, según los pronósticos de los oficiales locales, la cuenca será agotada en el año 2020 (Nuñez). Además, la novela se abre a un horizonte más amplio cuando el periodista-narrador

---

<sup>1</sup> Ver, por ejemplo, Grínor Rojo y Bieke Willem, quienes analizan el tratamiento de la memoria en *El palacio de la risa* (1995), novela sobre Villa Grimaldi narrada por un hombre vuelto del exilio. A pesar de su énfasis en el siglo veinte, la novela también se remonta a un pasado decimonónico para examinar la historia de Villa Grimaldi, casa santiaguina convertida en centro de tortura después del golpe de estado de 1973.

se inserta en la historia literaria de la provincia de Copiapó. Describiendo sus paseos habituales por la ciudad de Copiapó, el narrador se identifica con el escritor costumbrista José Joaquín Vallejo, quien escribió bajo el pseudónimo Jotabeche: “Me agradaba al caer la tarde, [...] ver despedirse el cielo bajo una luz agónica que no moría, hecha de un oro viejo la ciudad donde naciera el cronista Jotabeche, cruzada por el lecho seco del río Copiapó, desaparecido los últimos años” (Marín 105). Aquí, la referencia a Jotabeche, escritor que narró el surgimiento de la minería de plata después de la independencia, es pasajera pero evocativa. La luz menguante del largo atardecer posiciona al narrador en un momento de declive, como si estuviera presenciando la última etapa de una historia inaugurada por el escritor costumbrista.<sup>2</sup> La extinción de la luz es la secuela de la muerte ya concluida del río Copiapó, que marca con su lecho vacío la memoria de su agua agotado “por culpa de las empresas mineras” (116-117). En una entrevista con Germán Marín para *El Mercurio*, el periodista Pedro Pablo Guerrero le preguntó al novelista sobre una posible continuidad histórica entre el Copiapó de Jotabeche y el de *Tierra Amarilla*, basada en que la zona “está maldita por su riqueza” (Guerrero). Marín le contestó que los problemas de la región son la consecuencia de sus características raciales, es decir, “[e]l mestizaje que tira para atrás” (citado en Guerrero). Proponemos que la novela *Tierra Amarilla* sugiere una respuesta más compleja y matizada que no recae en tales determinismos raciales, sino que interroga la organización económica y ecológica del Norte Chico, y por extensión, la de Chile.

En su análisis de la representación del desierto en la literatura del Cono Sur, Macarena Luz Areco Morales propone que la literatura de la posdictadura retoma el tropo decimonónico del desierto como signo de la barbarie, el que se ejemplifica en los textos de Sarmiento (54). Sin embargo, en la literatura decimonónica chilena, además de la barbarie, el desierto representaba las posibilidades de riqueza económica. El crítico Mauricio Ostria González escribe que el desierto ocupa un lugar dominante en la literatura nortina chilena en parte por lo que describe como “la paradoja de la riqueza encerrada en la más absoluta aridez” (1). Tal referencia a la yuxtaposición entre sustancias con alto valor de mercado con la falta de agua en el desierto es un tropo recurrente en la literatura chilena, el que se ve en las obras de escritores como Benjamín Vicuña Mackenna, Víctor Domingo Silva y Volodia Teitelboim, entre otros. Es una imagen que condensa lo ecológico con lo económico, proponiendo una tensión entre el valor ecológico y económico del desierto.

Tomando como punto de partida la intertextualidad de *Tierra Amarilla* con la escritura de Jotabeche, el presente ensayo explora las maneras en que los textos de

---

<sup>2</sup> José Antonio González Pizarro propone que “la gran literatura nortina, [fue] inaugurada por Jotabeche” (59), situando al escritor decimonónico al principio de una trayectoria literaria centrada en el desierto y la minería.

ambos escritores imaginan la ecología de la provincia de Copiapó en relación con su explotación y potencial económico. Señalaremos que, a pesar de la diferencia cronológica entre Jotabeche y Germán Marín, al momento de narrar las condiciones ecológicas-económicas del Norte Chico, ambos escritores recurrieron a un imaginario similar. Específicamente, los dos se basan en una dialéctica entre la agricultura y la minería. Por un lado, los textos trabajan con una categoría imaginada de actividades que podríamos llamar sostenibles, las que promueven la renovación y/o expansión de la vida, tradicionalmente simbolizada por los ciclos de la agricultura. Como contraparte, emplean otra categoría para las actividades extractivas basadas en el agotamiento y la contaminación de los elementos vitales, la que tradicionalmente se asocia a la minería. Señalaremos las maneras en que los textos de Jotabeche y Marín evalúan los elementos que traen valor y vida al desierto, expresando deseos para cambios ecológicos-económicos que rechazan el extractivismo a favor de la sostenibilidad.

### JOTABECHE Y LA MINERÍA SOSTENIBLE

Empezamos con Jotabeche, cuyos textos de 1842-45 se enfocan en la vida asociada con la emergente industria minera en la provincia de Copiapó. Como periodista, Jotabeche narró la transformación tumultuosa de la sociedad, su ecología, y su economía. A la vez, también participó en estas transformaciones como industrial minero (Álvarez). Como consecuencia, sus ensayos vacilan entre la burla irónica de una sociedad absorbida por la manía minera y la expresión pura de la seducción de la riqueza mineral.

En sus primeros texto nortinos, “Copiapó” y “Mineral de Chañarcillo” (1842), Jotabeche introduce su ciudad natal, destacando la importancia de la minería de plata para la ecología y economía de zona. Describe el largo recorrido por el desierto de Atacama que uno tiene que aguantar para llegar a la ciudad:

Por cualquier camino que se viaje a Copiapó, es preciso atravesar desiertos de arena, riscos áridos i vastas llanuras despojadas de toda señal de vejetacion. El calor i la sed quizás no mortifican tanto al viajero, como el aspecto horrible de una naturaleza sin vida [...] Al acercarse, pues, a Copiapó, al divisar sus arboledas, sus elevados sauces, cuyo alegre verdor resalta en el fondo descolorido de las alturas que terminan el paisaje, el alma cree despertar de una odiosa pesadilla, e involuntariamente estalla nuestro alborozo [...] ¡Salud, valle hermoso, oásis encantado del desierto!” (9-10).<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Hemos conservado la ortografía original de las citas de Jotabeche.

El contraste estético entre la aridez del desierto y el verdor de Copiapó evoca una expresión visceral de pura elación en Jotabeche. El florecimiento de la vegetación, claro señal de la presencia del agua, le parece obra de encanto en medio de una planicie de “naturaleza sin vida”. Además, Jotabeche nota, Copiapó antes no era tan dotada de fertilidad. En su infancia, explica, un terremoto había destruido la ciudad, “arrasando el recinto de la población i consumiendo la verdura del valle donde está fundada, hasta ofrecer el mismo aspecto de los despoblados que lo circundan” (8). Como consecuencia, la presencia de las arboledas en la cita arriba señala la resurrección de una ciudad que ha recobrado su capacidad de vivir.

Además, en el ensayo “Mineral de Chañarcillo,” publicado el día siguiente, Jotabeche cita un referente material para esta transformación de Copiapó: el descubrimiento repentino de una mina de plata, la cual se convierte en “uno de los más sólidos fundamentos de la riqueza de esta República” (18). En su estudio sobre el imaginario chileno del Norte Grande, Manuel Vicuña Urrutia apunta a una transición decimonónica desde la imagen del desierto como un “despoblado” peligroso (39-40) a un discurso del “triumfo irrevocable sobre la aridez de sus territorios,” posibilitado por la minería del salitre (124). Aquí, en el contexto del auge platero del Norte Chico, vemos un precursor al discurso salitrero. Las descripciones de Copiapó antes y después del descubrimiento del mineral de Chañarcillo establecen una fuerte asociación entre la minería y el florecimiento de la vegetación de la zona, casi como si la plata, al salir del subsuelo, trajera la fertilidad misma al desierto. Para emplear los términos de Marx, se puede decir que el agua subterránea representa la presencia (o ausencia) tanto de los valores de uso que sostienen la vida al nivel biológico como los valores de intercambio que posibilitan la vida económica dentro de una sociedad de mercado. Los flujos de agua visibilizan los flujos de capital que transformaron la ciudad de Copiapó de desierto a oasis, su fertilidad milagrosa señalando la inmensa riqueza de las minas de plata.

En otro ensayo, “Pampa-Larga”, Jotabeche desarrolla esta caracterización de la minería como fuente de la vida ecológica-económica de la región a la vez que la cualifica, señalando que algunos, pero no todos los tipos de minería llevan a una prosperidad sostenible. Abre el artículo jugando con el tropo de la tensión entre la aridez y la riqueza mineral. Dice que aunque el nombre de Pampa-Larga evoque la imagen de “una campiña hermosa, con sus bosques, sus riachuelos, sus rebaños i sus felices moradores”, en realidad se refiere a una mina, y no a un espacio verde, fértil ni pastoril (73). Pero, aun así, describe que la sierra en la que se encuentra este mineral tiene tantas excavaciones mineras que los cerros “a la distancia, parecen recién surcadas por la punta del arado” (74). Esta visión de la tierra penetrada y revuelta como campo agrícola sugiere una analogía entre la minería y la agricultura que equipara simbólicamente las intervenciones humanas llevadas a cabo en cada sector. Es decir, la minería aparece como un tipo de cultivo de la tierra que la instiga a rendir sus frutos.

La analogía entre la minería y la agricultura se hace más explícita cuando Jotabeche prosigue a contar la historia de esta mina con nombre y aspecto de sembrío. Explica que el primer dueño de la mina, Pedro Arenas, quería aprovecharse de su riqueza mineral sin invertir en el mantenimiento de la mina. Como consecuencia, “en lugar de cultivar una mina que, según vemos ahora, pudo llamarse desde entonces inagotable, solo trató de devorar aquella riqueza, como si le hubieran dado la comisión de saquear una plaza” (76). De esta manera, Jotabeche distingue entre dos maneras de interactuar con una veta minera. El método de Arenas se asocia con el consumo violento de los recursos de la tierra, la minería como asalto militar. Este acercamiento que enfatiza sólo la extracción se contrasta con la idea de la minería como un acto productivo y hasta reproductivo, parecido a la agricultura; es decir, la “cultivación” de un recurso “inagotable.” Jotabeche ilustra que Arenas extrajo mucha riqueza a corto plazo, pero su metodología devoradora no fue sostenible. Sin las inversiones necesarias para reforzar los túneles, colapsó la mina, dejando puros escombros que escondían la plata del subsuelo (77). Con su fuente de riqueza reducida a arena, murió Arenas sin un centavo.

Jotabeche entonces yuxtapone esta fábula del minero imprudente y derrochador con la historia de los nuevos dueños, dos accionistas que invirtieron dinero en la misma mina durante más de siete años hasta poder abrirla de nuevo. Son los héroes de la historia, los que “tornaron a la vida este manantial, hoy más apreciable que en su prosperidad pasada” (76). Esta caracterización de la mina como ente vivo posiciona a la minería como una interacción en la que la mina juega un papel activo respondiendo positivamente a los esfuerzos de los seres humanos. Además, la palabra “manantial” sugiere la imagen del agua pura que brota de la tierra para dar vida al entorno. Sólo que aquí, el manantial es una fuente de plata, en vez de agua. Tales caracterizaciones de la minería como acto de cultivación productiva en la que la plata se asocia con el agua culminan en la conclusión del ensayo. Allí, Jotabeche expresa sus esperanzas para el éxito futuro de los inversionistas en Pampa-Larga. Explica que la importancia de la mina no está solamente en los beneficios directos de las explotaciones, sino en la manera en que podrían servir como un estímulo económico para la región:

para que con sus productos se formen nuevas empresas que alienten a otros especuladores; para que estas serranías, que no quiere fecundar el agua del cielo, fructifiquen con el sudor del hombre, i las alcance a ver yo pobladas de todos los aparatos de la industria, i de mineros más inteligentes que el desgraciado Arenas (79).

La analogía entre la minería y la agricultura aparece aquí en su forma más explícita, en que la minería representa una actividad que convierte a la tierra en un espacio fértil y productivo. El ingrediente que posibilita esta fertilización es “el sudor del hombre,” una expresión que igual podría referir al trabajo arduo del obrero como

el sudor simbólico que resulta de los esfuerzos de los especuladores. Además, la metáfora sexual de la penetración minera de la tierra como acto de inseminación apoya la idea de una riqueza reproductiva que lleva a la multiplicación de las excavaciones y las poblaciones mineras en la región, de modo que se puede imaginar las máquinas y los hombres mineros brotando de la arena fertilizada para perpetuar las actividades mineras en los cerros.

En el ensayo “Pampa-Larga,” aunque Jotabeche se enfoca principalmente en la minería, también menciona la presencia de la agricultura en la región notando que el “actual cultivo honraria al mismo Renca, sin tener que envidiarle las polvaredas de sus callejones” (73).<sup>4</sup> De esta manera apunta a una aparente contradicción: la agricultura prolífica de la zona en combinación con la presencia constante del polvo, signo de la aridez inescapable. Jotabeche no desarrolla esta descripción de la agricultura entre el polvo, dejando el campo abierto para Germán Marín, quien la retoma más de 170 años después.

#### GERMÁN MARÍN Y LA AGRICULTURA EXTRACTIVISTA

Mientras Jotabeche describe una relación complementaria entre la minería y la vida económica y ecológica de la región, en *Tierra Amarilla*, Germán Marín ofrece un retrato de la provincia como un espacio infernal que ha sido despojado de vida por las actividades de la industria minera y la agricultura exportadora. Un tropo constante de la aspereza de la vida del Norte Chico es la sequedad de la región, “árida al igual que un cuero” (Marín 15). Tal aridez se asocia antes que nada con la industria minera; al principio de la novela, el periodista narrador se queja de su viaje incómodo en bus por un “camino pedregoso, seco y cansado el contorno, bañado de polvo tras el paso de los vehículos, casi siempre unos pesados camiones de tolva que, de seguro, provenían de algunas minas de cobre en explotación” (16). La omnipresencia de la industria se siente en los pueblos cercanos por los camiones que pasan, los obreros itinerantes que frecuentan los burdeles locales, y las emisiones de desechos tóxicos.

No obstante, la novela no representa directamente a las minas de cobre ni destaca su valor económico. Al contrario, los minerales en la novela sólo aparecen en la forma de una ausencia o la de un residuo tóxico, un tipo de anti-valor que socava el valor de la vida humana. El narrador describe Tierra Amarilla como un “pueblo bañado por la contaminación” (95) con aceras “sucias por obra de la contaminación del material particulado de las mineras que, silenciosa como un veneno, caía como una lluvia seca todas las noches” (103), causando enfermedades pulmonares en los residentes. Aquí,

---

<sup>4</sup> Incluso nombra las haciendas de Tierra Amarilla en esta descripción, haciendo referencia al sitio central de la novela de Marín.

el lenguaje acuoso sirve para caracterizar los subproductos de la minería como la antítesis del agua. Mientras el agua se imagina como fuente de la vida y purificación, la “lluvia seca” del polvo minero sólo trae la contaminación, la enfermedad y la muerte. El pueblo mismo de Tierra Amarilla parece ser un residuo más de la industria minera, “una mancha humana en medio de la desolación de esos cerros explotados” (112). Incluso el subsuelo debajo del pueblo fue excavado por una compañía minera, dejando el pueblo sentado sobre un vacío post-minera (112-113). Y cuando alguien asesina a la amante del narrador, encuentran su cadáver en una mina de cobre abandonada, como si la mujer fuera otro resto de la industria extractiva.

En contraste con la representación de la minería como una fuerza que socava el valor de la región, *Tierra Amarilla* presenta la agricultura con ambivalencia, reconociendo la magnitud del valor económico de la industria frutera a la vez que critica la violencia en que se basa. Volvemos a la escena del primer viaje en bus, en que el narrador se queja de los camiones mineros. Cuando llega más al interior, hay un cambio en su actitud al notar la presencia de la agricultura:

el recorrido se hizo lentamente más amable [...] enverdecido el horizonte por el cultivo de viñas, el cual me ayudó en parte a dar por superadas las condiciones del viaje. También se advertían al pasar ciertas arboledas cargadas de paltos y otros de olivos, las que me favorecieron además de sentirme mejor de ánimo, seguro de que no terminaría enterrado en el desierto a la búsqueda del chupacabras (16).

Tal como vimos en Jotabeche, el narrador enuncia una fuerte reacción positiva al encontrarse ante la presencia de la vegetación después de un largo viaje por el desierto. La producción agrícola le sirve como señal de las posibilidades para la vida humana dentro de este espacio desconocido. Además, la yuxtaposición de esta cita con la de los camiones mineros establece un contraste entre los dos sectores económicos de la región: la minería—asociada con el polvo y el cansancio—y la agricultura—asociada aquí con la esperanza y la vida. Estas caracterizaciones son tan convencionales que no llaman la atención. Sin embargo, este pasaje se vuelve irónico a lo largo de la novela, porque resulta ser precisamente un encuentro con la agricultura lo que pone al narrador en peligro mortal. Aprende que la agricultura, este símbolo de la fertilidad y la vida, también puede ser una fuerza de la muerte.

El símbolo máximo de esta muerte es el mítico chupacabras que supuestamente anda depredando el ganado y las cosechas de los pequeños agricultores de la región. A lo largo de la novela, el narrador se da cuenta de que la destrucción y la idea del chupacabras provienen de las maquinaciones del dueño de Pucará, una plantación agroexportadora que busca echar a los agricultores locales de sus tierras para

apoderarse de sus recursos hídricos<sup>5</sup>. Para profundizar su investigación, el narrador visita la plantación de Pucará. Al principio, sobresale la belleza pastoril y el placer estético que provoca el lugar:

Unos [obreros] permanecían dedicados a cuidar los parronales que se perdían a lo lejos, otros a los olivos ramificados de hojas lustrosas cargados de frutos. Más allá se distinguían, dorados de igual modo por el sol, las hileras de paltos regados por aspersión, cuyos delgados chorros saltaban al unísono (67).

La tierra cultivada de la plantación se extiende hasta perderse de vista, colonizando toda la cercanía con una abundancia ordenada. Su riqueza se acentúa con los colores vibrantes y el brillo del sol que les da a los paltos un matiz de oro, el color por excelencia del valor económico. El uso del riego por aspersión exhibe un espectáculo del control del agua en el fundo y la falta de preocupación por su escasez.

Pero, a la vez, el lado más siniestro de la escena se percibe a través de otros aspectos: los uniformes anaranjados de los trabajadores marcados con números y la enorme bodega refrigerada con el lema “El trabajo hace libre” en homenaje a Auschwitz (67-69). Poco a poco, el narrador se da cuenta de que la abundancia agrícola de la plantación se basa en el trabajo de familias esclavizadas. Es decir, el modelo económico y ecológico de esta plantación depende de la monopolización y consumo tanto de los recursos hídricos de la zona como sus recursos humanos como trabajadores agrícolas y sexuales esclavizados. Pucará no es solamente el origen del misterioso chupacabras sino además, con su incesante extractivismo del agua y los cuerpos humanos, su máxima encarnación.

Adicionalmente, la historia de Pucará posiciona a la plantación como emblema del modelo económico neoliberal implementado bajo la dictadura de Pinochet y su consiguiente violencia corporal, económica, y ecológica. El narrador aprende que el dueño de Pucará, Hans Stuvén, es un alemán pinochetista y nazista que adquirió el fundo Pucará justo después del golpe de estado de 1973. Aprovechando su poder como militar, Stuvén se compró Pucará a bajo precio a una mujer cuyos hijos fueron desaparecidos (99-100). Asimismo, las actividades económicas y ecológicas de la plantación se conectan directamente con la reestructuración neoliberal de la economía chilena bajo la dictadura. Por ejemplo, el establecimiento de la industria frutera exportadora en la región surgió como resultado de las políticas económicas del régimen de Pinochet (Tinsman 261-262). Además, en 1981, el gobierno privatizó todos los

---

<sup>5</sup> El nombre Pucará viene del vocablo quechua que significa “fortaleza”. La novela conecta la palabra con el aspecto militar de la hacienda que parece una fortaleza. Además, el nombre apunta a una historia más larga de múltiples ciclos de conquista y despojo en la región, desde la llegada de los incas en adelante.



suministros de agua dulce, creando un mercado de derechos de agua que se pueden comprar y vender (Budds). La ideología de esta política de privatización se expresa en una manera extrema por Stuvan, quien secuestra al narrador y lo tortura en un intento de convencerlo “que el agua sólo era propiedad de quienes la merecían” (82). Así, la novela hace hincapié en la política de la privatización del agua en 1981 como fuente de la injusticia ecológica del Norte Chico, a la vez que busca restaurar la memoria del legado de la violencia económica y corporal que subyace al modelo agroexportador en el norte de Chile.

Al final de la novela, el narrador concluye que “yacía detrás de todo eso [el chupacabras], el imperio privatizado del agua, productor de la uva de mesa de exportación y del metal escondido en las entrañas, en desmedro de otros actores” (118). De esta manera, establece un enlace entre la industria agroexportadora y la industria minera, situándolas como una doble amenaza a la sostenibilidad ecológica y económica facilitada por la ley de privatización del agua, la cual posibilita el extractivismo monopolizador de los recursos hídricos de la región.

Sin embargo, a pesar del paralelo establecido entre el extractivismo de la minería y la agricultura de exportación, hay una notable distancia estética en la representación novelística de las dos industrias. Mientras que la minería se representa a través del polvo, los riosos y la toxicidad, la agricultura mantiene sus asociaciones con la fertilidad, la belleza y el placer, tanto en la representación de las frutas como la de los cuerpos femeninos sexualizados de las trabajadoras agrícolas. Y mientras que la minería se asocia explícitamente con la ausencia del agua en “el lecho seco del río Copiapó” (105), las representaciones de la industria agroexportadora enfatizan el exceso del agua, tanto en el riego como en un salón húmedo con piscina donde el narrador conoce a Stuvan. De esta manera, se puede decir que la novela destaca el aspecto engañoso de la apariencia pastoril de la agricultura exportadora, la que esconde la realidad brutal del extractivismo. Pero, a la vez, y paradójicamente, la novela también reproduce el placer estético de la agricultura en fuerte contraste con la aparente fealdad de la minería.

## CONCLUSIONES

Hoy en día, los términos sostenibilidad y extractivismo (o industria extractiva) están cargados de potencia simbólica. En los discursos de la política, los movimientos sociales ecológicos, las organizaciones internacionales como el Banco Mundial y hasta en la publicidad empresarial, se ve una constante negociación para poder designar los significados de las palabras y las prácticas que se pueden considerar alternativamente

sostenibles o extractivistas<sup>6</sup>. Por su parte, ni Jotabeche ni Germán Marín utilizan las palabras precisas de sostenibilidad y extractivismo. Sin embargo, sus textos se basan de una distinción esencial entre las prácticas perdurables y reproductivas versus las agotadoras y destructivas, la cual subyace en los debates contemporáneos sobre el extractivismo y la sostenibilidad. Al explorar esta distinción en los textos de Jotabeche y Germán Marín, se ve la manera en que la agricultura ha llevado fuertes asociaciones con las prácticas reproductivas y perdurables, mientras que la minería se asocia más fácilmente con las prácticas agotadoras. Sin embargo, los textos también manipulan estratégicamente estas asociaciones simbólicas. Mientras que Jotabeche utiliza las metáforas de la agricultura para caracterizar a la minería como una fuerza productiva, Marín equipara la agricultura con la minería para describir las dos como actividades que drenan y destruyen los elementos de la vida ecológica-económica de la región. Además, y a pesar de la distancia temporal e ideológica entre los escritores, en ambas obras, el agua—emblema de la fertilidad, la vida y el valor económico—sirve como un elemento imprescindible en las representaciones de las posibilidades ecológicas-económicas del Norte Chico. Tal vez más que la minería y la agricultura, el agua termina representando la verdadera riqueza del desierto, una fuente imprescindible de valor y de vida entre su creciente aridez.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Gómez, Oriel. “Jotabeche académico y minero.” *Chañarillo* 23 dic 1995, p. 3.
- Areco Morales, Macarena Luz. “Imaginaris del espacio en la narrativa de dos mil: Figuras del desierto en relatos de la postdictadura.” *Revista de Humanidades*, vol. 33, 2016, pp. 39-56.
- Budds, Jessica. “Water Rights, Mining and Indigenous Groups in Chile’s Atacama.” *Out of the Mainstream: Water Rights, Politics, and Identity*, editado por Rutgerd Boelens, et. al. Abingdon: Routledge, 2010, pp. 197-211.

---

<sup>6</sup> Jorge Marcone escribe de una “lucha simbólica por la autoridad de hablar en términos de la sostenibilidad... una disputa entre diferentes prácticas y formaciones sociales que pretenden ser compatibles con o portadores de la sostenibilidad, la diversidad cultural y la supervivencia del planeta” (282, traducción mía). El sociólogo Eduardo Gudynas apunta a (y participa activamente en) una lucha parecida con respecto al concepto de extractivismo. Por un lado, Gudynas critica el uso del término “industria extractiva” por el Banco Mundial, y algunos gobiernos y empresas para ganar apoyo popular por el extractivismo, porque la palabra “industria” implica prácticas productivas, como las de las fábricas manufactureras (20). A la vez, también critica a los movimientos ambientalistas que utilizan el término de una manera tan abierta que “se termina cayendo en interpretar cualquier aprovechamiento de los recursos naturales como un extractivismo” (21).

- González Pizarro, José Antonio. “Norte Grande, de Andrés Sabella. Las ideas pivotaes de una obra epigonal en la literatura salitrera chilena.” *Revista Ciencias Sociales*, 2002, pp. 55-66.
- Gudynas, Eduardo. *Extractivismos: Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*. Centro de Documentación e Información Bolivia (CEDIB), 2015.
- Guerrero, Pedro Pablo. “Germán Marín: Su contingente novela sobre el Norte Chico.” *El Mercurio*, 25 mayo 2014.
- Marcone, Jorge. “Cultural Criticism and Sustainable Development in Amazonia: A Reading from the Spanish-American Romance of the Jungle.” *Hispanic Journal*, vol. 19, no. 2, 1998, pp. 281-94.
- Marín, Germán. *Tierra Amarilla*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Nuñez, Alejandro. “Copiapó solo tiene agua potable para los próximos tres años.” *El Mercurio*. 29 abril 2017.
- Ostria González, Mauricio. “Visión literaria del desierto nortino.” Ensayo inédito.
- Rojo, Grínor. “Germán Marín está de visita en *El palacio de la risa*.” *A Contracorriente*, vol. 11, no. 3, 2014, pp. 297-304.
- Tinsman, Heidi. “More Than Victims: Women Agricultural Workers and Social Change in Rural Chile.” *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002*, editado por Peter Winn. Durham: Duke University Press, 2004, pp. 261-297.
- Vallejo, José Joaquín. *Jotabeche. Artículos i estudios de costumbres chilenas*. Santiago: Biblioteca Chilena, 1885.
- Vicuña Urrutia, Manuel. *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX): del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. Santiago: Editorial U. de Santiago, 1995.
- Willem, Bieke. “Lugares de memoria en *El palacio de la risa* de Germán Marín y *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño.” *Taller de Letras*, vol. 53, 2013, pp. 109-125.